





# EL JUEGO DE LOS AZULES



Bárbara R. Suanzes

# EL JUEGO DE LOS AZULES



Primera edición: agosto de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bárbara R. Suanzes

ISBN: 978-84-19439-18-5

ISBN digital: 978-84-19439-19-2

Depósito legal: M-21961-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Ti, mi Catedral.  
Por tu piedra, tu luz, tus palabras, tu Consuelo...*



## Capítulo 1

### Marcos..., ¿dónde estás?

Madrugada del viernes

No era posible imaginar que tal cosa pudiera suceder.

Habían pasado unos minutos de las cuatro de la madrugada cuando el cuerpo del niño de catorce años se despertó sin que nada externo, ningún ruido o contacto, hubiera contribuido a interrumpir el apacible sueño en el que se encontraba.

Sus ojos se abrieron de par en par, brillantes, ninguna expresión facial acompañaba a la fiereza de las pupilas que no miraban nada pero que lo guiaban certeramente a través de la habitación para evitar que chocara con algún objeto que delatara su huida.

Pero él no había planeado nada de esto.

Aquella misma tarde, después de hacer las tareas, su rutina fue la de siempre: un rato de consola (su momento, sin duda, preferido del día), la merienda sana preparada en la nevera que se tomaba sin masticar, el baño siempre obligatorio por culpa de sus exuberantes hormonas...

A las nueve había llegado su madre, psiquiatra de profesión, viuda, joven e invariablemente exhausta. Marcos apreciaba el esfuerzo de la mujer por preguntarle cómo le había ido el día mientras sus párpados inflamados pugnaban por cerrar el telón hasta la

mañana siguiente. Cenaban juntos, charlaban un rato y a las diez en punto, aludiendo que él, Marcos, había tenido seguramente un día agotador (aunque era ella, y solo ella, la que tenía el aspecto de hoja de lechuga maltratada), se despedían en el pasillo.

Lisa solía besarlo en la frente.

No, Marcos no era infeliz, ni mucho menos. Él nunca habría querido huir. Era cierto que su vida no estaba completa debido a la ausencia de su padre pero eso no era motivo suficiente para se escapara en plena noche sin llevar puestas ni siquiera sus zapatillas, sin sudadera, sin gorra, sin sus inseparables cómics de superhéroes bulbosos...

La noche era inusualmente oscura, a la luna le había llegado su turno mensual de desaparecer por completo y las farolas apenas iluminaban la calle por donde Marcos se deslizaba como un ladrón profesional, sigilosamente.

Oyó el motor de un coche rugiendo y se escondió en el entrante de un portal, el cuerpo tieso y adherido al muro. El ruido del motor cambió de registro, quizás lo habían visto; es una reacción normal reducir la velocidad cuando ves un pijama gris y descalzo agazaparse en medio de la noche. Pero el conductor, dándose quizás por vencido, volvió a pisar el acelerador para desaparecer detrás de la esquina.

Marcos esbozó una fantasmagórica sonrisa. Nada ni nadie debía de interponerse en su camino, su deseo era demasiado apremiante... Aunque sus ojos continuaban carentes de intención, sus pasos no titubeaban ni un momento. Los brazos, largos, acompañaban sus movimientos con armonía; diríase que Marcos se dirigía tranquilamente a una sesión de entrenamiento de balonmano, como cada jueves a las seis.

Al llegar al final de la calle, torció a la derecha y caminó hacia el descampado que había a las afueras de su barrio. Nadie en su sano juicio se metería en aquellos terrenos sin tener un buen motivo para hacerlo y, mucho menos, a ciertas horas intempestivas en las que al diablo le gusta lucirse mostrando lo peor de los hombres.

De pronto, Marcos se paró en seco y su gesto se torció en un inconfundible homenaje al terror más auténtico. Miró a su alrededor tartamudeando, sin fuelle aún para ponerse a gritar y sin electricidad suficiente en sus miembros para echar a correr. Estaba paralizado. Recordaba haberse despertado con el ardiente deseo de llegar a un sitio pero no conseguía entender qué era ese lugar y por qué sentía que tenía que encontrarlo a toda prisa. ¿Era acaso sonámbulo y acababa de despertar en medio de su primera travesura? ¿O quizás estuviera poseído por alguno de esos espíritus malignos que abundan en las pelis que ya nunca volvería a ver? ¿A lo mejor...?

Pero ya no pudo seguir pensando. Las palabras mentales se le agolparon a la puerta de la consciencia que fue bruscamente cerrada por algo que no supo identificar. El deseo irrefrenable de seguir su camino tomó la forma de una especie de líquido espeso que iba rellenando los pliegues de su cerebro y anulando su propia voluntad, poco a poco, con parsimonia, como quien vierte la densa masa de un pastel en un molde de silicona. En diez segundos, su libre albedrío se vería de nuevo pisoteado y solo quedaría en su cabeza el ansia incontenible de llegar a «aquel lugar».

Diez, nueve, ocho..., los recovecos de su mente se encogían ante el peso y la consistencia del líquido azul..., siete, seis, cinco..., quedaba poco tiempo. Pensó en su madre, ¿qué haría al descubrir que Marcos no estaba en su cama a la mañana siguiente?, cuatro, tres..., la imagen a fogonazos de una estancia blanca, cuadrada, con un suelo níveo y pulido estaba a punto de cegarle por completo. Dos, uno..., en aquel último instante de una libertad nunca antes valorada por considerarla obvia y adherida a su existencia, Marcos se arrancó una fina pulsera de nylon verde que su padre le había regalado antes de morir y que nunca se quitaba.

Sus dedos, aunque volvían a no ser suyos, dejaron caer el ligero brazalete que no hizo sonido alguno al chocar contra la acera.

Marcos, hipnotizado, continuó su marcha con decisión

A medida que avanzaba, el bosque se hacía más oscuro, y más lúgubre. Tenía que encontrar un gran claro tapizado de hojas secas marrones y amarillas que ocultaban lo que él, ya sin aliento, anhelaba con todas sus fuerzas. No tardó en dar con un espacio amplio vacío de árboles.

Con las mejillas arreboladas y el pelo revuelto, el chico no era consciente ni del frío ni de los cortes y magulladuras que sufrían las plantas de sus pies; no era que no sintiera el dolor, sino que este era mucho menos importante que su objetivo final. Jamás descansaría hasta dar con él, poco importaban las pequeñas calamidades que ultrajaran su piel. Tampoco prestaba atención a los crujidos que el bosque, siempre vivo, susurraba con malicia. Él, que nunca había sido valiente, se veía ahí solo, rodeado por una manada de olmos y abedules que se volvían siniestros cuando el sol dejaba de acariciarlos con sus rayos.

Como uno más de esos troncos inmóviles, Marcos se quedó quieto en medio del claro, rígido, sin respirar. De pronto, una especie de corriente se adueñó de sus movimientos y el chico se agachó hasta quedarse de rodillas.

Comenzó a retirar las hojas que tenía delante hasta dejar libre de ellas a una porción de terreno más o menos cuadrada. Sin dejar ver ningún signo de sorpresa o de excitación, colocó ambas manos sobre la tierra y fijó la vista vacía en sus dedos agarrotados.

Al contacto con su piel, la superficie se perfiló claramente mostrando una perfecta forma cuadrada, como si hubiera pulsado una baldosa transparente que cobraba vida con la presión que él ejercía. El cuadrado tembló ligeramente y brilló con una luz azul, tan azul como esa súbita obsesión que le había hecho huir de su hogar olvidándose de todos sus miedos.

El suelo se abrió dejando a los pies de Marcos un pasadizo de tierra que descendía hasta una profundidad incalculable.

Mientras caminaba hacia las entrañas de la tierra, iba apaciguándose su lucha interior. La paz del que alivia una necesidad imperiosa y vital se encargó de dibujarle una abierta sonrisa en sus tiernos labios.

## Lisa. En casa de Marcos

Había sido de nuevo una noche corta, como casi todas desde que Lucas ya no dormía junto a ella. Lisa se entretuvo un rato contando con la punta de los dedos el número de pacientes que pasarían por su consulta durante aquel viernes que venía cargado de las peores intenciones.

Miró con pereza el reloj despertador que iluminaba sutilmente los alrededores de la mesilla, a la vez que informaba sin tapujos de lo temprano que era. Sabía que lo mejor era levantarse; quedarse en la cama solo alimentaría la ansiedad y terminaría enfadada por la absurda pérdida de tiempo que supone la lucha encarnizada contra el insomnio.

Bajó con cautela las escaleras para no despertar a Marcos, al que suponía durmiendo con una pierna fuera del edredón, roncando ligeramente como solo sabe hacerlo la despreocupación.

En silencio, Lisa se hizo el mismo propósito de todos los días en cuanto despuntaba el alba: hablar más con su hijo, sumergirse en sus ojos con el fin de entender los vericuetos de su alma y así recabar más y más datos para, al final, obtener una tesis perfecta de su personalidad.

¡Ay, pero la pubertad es tan complicada! Si tan solo contara con la ayuda del padre del niño... Se deshizo del recuerdo de Lucas en cuanto percibió el olor del dolor que siempre lo acompañaba. ¿De verdad solo llevaba despierta cinco minutos? ¿Cómo había logrado dar semejante repaso a su vida en apenas trescientos segundos?

Entró en la cocina y miró la cafetera en la que aún quedaba café del día anterior, ¿por qué no? Mientras se servía, oyó el ligero golpeo de una puerta mal cerrada con la que jugueteaba la corriente. Supo que no podría relajarse hasta dar con la fuente perturbadora de la paz que solo podía disfrutar a aquellas horas de la mañana. Sonó otra vez. No dudó que el ruido venía de arriba. Se arrebuñó en su adiposa bata y subió.

Escrutó las cuatro puertas del piso superior del ático. Siempre estaba diciendo que la casa era demasiado grande para ella y Mar-

cos pero se resistía a abandonar el lugar donde residían los recuerdos de su querido Lucas. Suspiró.

La puerta de la habitación de Marcos no estaba bien cerrada. Qué extraño. Como todo buen adolescente, el muchacho ponía buen cuidado en cerrar perfectamente la entrada a su intimidad.

Lisa se acercó y abrió del todo la puerta haciéndola gruñir sobre sus goznes. El silencio era apabullante, demasiado compacto para albergar la presencia de un ser humano descansando. Sin pensarlo dos veces, encendió la luz con un golpe seco al interruptor: no estaba. Tratando de mantener la calma, Lisa se encaminó hacia el cuarto de baño: era la única posibilidad antes de caer en picado en un precipicio de angustia inabarcable.

Diez segundos más tarde, el pánico se apoderó de ella cuando constató que Marcos no estaba por ninguna parte.

### Media hora más tarde

—Tranquilícese, señora. En estos casos siempre suele haber una causa perfectamente explicable.

Lisa no lo miraba. Sentada en la mesa de la cocina, se retorció las manos mientras repasaba mentalmente y de forma compulsiva cada detalle de las últimas horas que había vivido con Marcos.

—¿Está segura de que no discutieron? —dijo otro agente, más joven, que se puso al lado de su compañero, sentado en frente de Lisa.

—Claro que estoy segura. Ha sido un día completamente normal —«y completamente aburrido...», pensó en silencio. Lisa estaba poseída por un terrible remordimiento informe de omisión. Algo en su interior le repetía sin parar que quizás debiera haber sonsacado a su hijo alguna preocupación terrible que su imaginación lastimada de madre no acertaba siquiera a perfilar. Por desgracia, su experiencia de más de diez años como psiquiatra clínica empezaba a dar pinceladas de opciones a lo que podría haberle

ocurrido a su pequeño. Como no atara en corto a su fantasía se volvería loca en menos de dos horas.

—¿Tenía Marcos algún problema? —el policía mayor la taladraba con la mirada, no quería perderse ni un detalle de las reacciones de aquella mujer cuya fortaleza psíquica y física estaban poniéndose a prueba.

—Nnnno. No. Era un niño normal —Lisa se mordió el labio al tiempo que dos grandes lágrimas brillaron en sus redondos ojos grises—. Es un niño normal.

—¿Y en el colegio?

—Como cualquier otro chico. Le cuestan las matemáticas y siempre ha sido distraído... ¿Por qué me pregunta eso, agente? ¿Qué tiene que ver el colegio con el hecho de que mi hijo haya sido raptado en mitad de la noche? —tras esa pregunta, el llanto de la mujer dejó de ser una amenaza para convertirse en algo muy real. Fue como una explosión.

Ambos hombres se miraron. El más viejo —cuya sensibilidad hacia los sentimientos de los demás era ya un recuerdo de sus tiempos mozos— elevó las cejas y resopló discretamente. Se aventuró a hablar.

—Tenemos que intentar recabar toda la información que nos sea posible sobre el chico, no podemos descartar ninguna hipótesis.

Lisa interrumpió bruscamente su llanto para increpar al policía, «S. Lizardo», así decía que se llamaba la placa identificativa pegada a su guerrera.

—¿Insinúa usted que Marcos se ha ido por su propia voluntad? —en realidad, Lisa parecía estar gritándose a sí misma aquella suposición. Daba la impresión de que la mitad de su cerebro se peleaba a vida o muerte con el hemisferio contrario—. Le recuerdo a usted que mi hijo ha salido a la calle en pijama, sin calzarse siquiera las zapatillas...

—Yo no insinúo nada, señora Prieto —respondió Lizardo poniéndose de pie a la par que se ajustaba el cinturón y se masajea-

ba los riñones. Qué maleducado. Hizo un gesto inequívoco a su acompañante y ambos se dirigieron a la puerta de la casa con Lisa pisándoles los talones.

—¿Y ya está? ¿No van a hacer nada? ¿De verdad van a marcharse sin más?

—Tenemos a una patrulla rastreando la zona y buscando pruebas que puedan ofrecernos alguna pista. Ya hemos registrado la habitación... —los ojos de Lisa estaban tan abiertos que el policía tuvo miedo de que se le saltaran de la cara como si hubieran dejado de caberle—. Le aseguro que tendremos noticias de Marcos en menos de veinticuatro horas. Dejaré un par de hombres en la calle, para su tranquilidad.

El otro agente se cuadró ligeramente para dejar pasar a su superior. Se le veía muy incómodo con la situación. Posó unos ojos azules sobre Lisa que lo miraba suplicante, sin saber bien qué suplicar.

—Le mantendremos al tanto de todo, señora —dijo el joven policía. Lizardo lo miró inmediatamente torciendo el gesto. El nuevo, cuyo nombre era «A. Nieves», acababa de mentir a la madre del chico, ¿acaso no sabía que cuando se está investigando un posible crimen es contraproducente dar cuentas a nadie sobre cómo va la investigación?

El jefe observó sin reparos la piel lisa y la expresión salvajemente ingenua de aquel policía novato del que tenía que hacer de niñera. Tenía mucho, muchísimo, que aprender.

En cuanto salieron y la puerta se cerró tras ellos, la angustiada madre sintió un ligero mareo ante la perspectiva de los segundos, los minutos y, a lo peor, las horas que se desplegaban ante ella cuajadas de desesperación. Ni siquiera se atrevía a girar la cabeza y encarar la soledad de su salón. No se pudo resistir.

Sin hacer ruido, abrió de nuevo la puerta y salió al rellano dispuesta a enfrentarse a aquellos hombres que constituían su único rayo de esperanza.

No los veía pero supo que seguían allí, a la vuelta del recodo, donde estaba el ascensor. De pronto, pensó que a lo mejor fuera

más provechoso enterarse de lo que se decían sin saber que ella los estaba escuchando, una acción detestable que en otra circunstancia habría rechazado. Ahora no.

Los dos hombres charlaban acaloradamente, a lo mejor incluso se habían olvidado de pulsar el botón de llamada al ascensor.

—¿De verdad no lo recuerda, jefe? ¡Si lo leímos juntos! ¡La última de ellas fue la semana pasada...!

—¿Y, dónde, dices?

—Uno en Madrid, otro en Zaragoza y otro en Lleida. Estos tres casos y el de Marcos Lama son idénticos y en tan solo doce días.

—Cuatro adolescentes que se escapan de su casa en plena noche... De verdad, Nieves, que no hace falta ser un lince para ver que se trata de una rotunda casualidad.

—Los otros tres casos tenían también catorce años y vivían en un barrio tranquilo, con un bosque cerca de sus casas —su voz se volvía impaciente. No era de los que creían en las coincidencias, ni una pizca.

—Creo recordar que entre esos casos había también una hembra, ¿no? —aquella forma de hablar le confirmó a Tony Nieves que estaba a las órdenes de un machista de campeonato—. ¿Te das cuenta de que los casos no son tan parecidos? Confía en mí. Llevo treinta años en el tajo —se interrumpió para dejar que calara sobre su inexperto subordinado el gran peso de su sabiduría—. Ese chaval estará en casa antes de que salga el sol. Me apuesto la paga extra a que está retozando con alguna chavalita de su clase, ¿es que tú nunca has perdido la cabeza por una mujer?

Lisa casi pudo oír el encogimiento de hombros del joven rubio.

El ascensor llegó por fin y la mujer esperó a que los policías se subieran en él para destensar los músculos del cuello, ¿así que Marcos no era el único chico desaparecido? Había por lo menos tres más. Estaba claro que podía tratarse de una casualidad pero, ignorando el escepticismo del viejo policía, Lisa se posicionó en el bando del más joven de ellos, el tal Nieves. Eso le daba un asidero mental al que aferrarse.

Miró la puerta cerrada de su casa y decidió que no podía entrar allí, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a los fantasmas que brotarían de las paredes, esas que, unas pocas horas antes, habían contemplado a Marcos y a ella misma afanados en sus absurdas preocupaciones cotidianas.

Con la expresión crispada, se sentó en la escalera que daba acceso a la azotea del edificio. La palabra *azotea* se le clavó como un dardo en mitad de la frente. No. Si Marcos hubiera saltado, alguien habría visto su cuerpo en la calle. *Azotea, saltar, cuerpo...*, aquello era demasiado. Se encogió sobre sí misma y allí, sola y helada, dejó que su imaginación la enfrentara con los más escalofriantes desenlaces.

En la comisaría. Viernes al mediodía

—No me lo puedo creer —la voz de Tony Nieves hizo que Salvador Lizardo, su veterana pareja policial, abandonara su intención de visitar la máquina dispensadora de colesterol embolsado. Las noches de guardia siempre le daban un apetito voraz, aquel iba a ser el tercer desayuno de la mañana.

—¿El qué no te puedes creer? —lo miró ceñudo. Este chico tiene más fantasía que la maldita J. K. Rowling. Vaya usted a saber qué peregrinas ideas se le están viniendo a la cabeza.

—Hay otras seis denuncias por desaparición en los últimos veinte días. Nueve en total: tres en España, que ya conocíamos, tres en Francia, una en Suiza y dos en Alemania. Y no estoy contando con el caso de Marcos Lama —Tony lo miró triunfante, deseoso por captar la atención de aquel viejo lobo al que nada lograba impresionar.

—¿Los mismos patrones?

—Edades entre los trece y quince años, de clase media alta. Dos chicas y... —se acercó más a la pantalla para leer al pie de la letra lo que señalaba con el cursor— se da la circunstancia de que

todos estos chicos dormían solos en sus cuartos, sin hermanos y sin acompañantes.

—Interesante —admitió Lizardo que se había colocado detrás de Tony con los brazos cruzados sobre su generoso pectoral—. Lo suficiente para que la prensa se hubiera hecho eco ya de tales desapariciones. Pero ni pío.

—Estoy convencido de que en cuanto enviemos el informe del caso de Marcos Lama y hagamos ver a las demás comisarías que los sucesos podrían estar relacionados entre sí, se abrirá una investigación en serio.

—Mmmmmh, no sé qué pensar... Lo más lógico es que todos estos chicos se hayan escapado para hacer una trastada, pero... —Lizardo cogió el ratón y ascendió unas líneas por la pantalla— la primera desaparición fue hace veinte días, en Alemania.

—Tres semanas es mucho tiempo para una simple trastada.

El teléfono de Lizardo sonó en ese momento y este se apresuró a aclararse la garganta antes de responder.

—Lizardo al aparato. ¿Qué? ¿Dónde? ¡No, yo lo haré! Puede no significar nada pero traedlo aquí inmediatamente. Gracias.

¿Y bien? Tony lo miraba con expectación.

—Han encontrado una pulsera de nylon en medio de la acera.

—Ah.

—Y tenemos un testigo.

—¡Ah!

El joven, de unos veinte años, se veía claramente cohibido en la habitación donde un agente de policía, poco mayor que él, lo invitaba a tomar asiento. Es curioso como la vida, a veces, se empeña en colocarte en un lugar donde tú, ni remotamente, desearías estar.

Aquella mañana, muy temprano, la Policía había llamado a la puerta de su casa y su madre, con una extraña alegría, los había dejado pasar. Por lo que escuchó desde su cuarto, andaban buscando a alguien que pudiera haber visto a un chaval que vivía un par de

portales más allá, deambulando por la calle en plena noche. Pelo negro, delgado, pijama gris...

La madre de David alzó una ceja y frunció el ceño al mismo tiempo, hazaña al alcance solo de las progenitoras más quemadas por la vida. No dudó en llamar a su hijo al que sabía con la oreja pegada a aquella conversación.

—Tú llegaste anoche sobre las cuatro —le había dicho en cuanto vislumbró la despeinada cabeza y los ojos somnolientos de su único vástago.

—Ssssí, ¿y qué? Yo no vi nada.

—Estos hombres están buscando a un chico desaparecido.

—Ya.

La mujer no se anduvo por las ramas y de un salto agarró a David por las solapas inexistentes de su camiseta de Héroes del Silencio.

—Como sepas algo y no lo digas te aseguro que me voy a enterrar y no sé si recuerdas lo que le hice a tu padre cuando supe que su viaje de trabajo a Singapur había sido en realidad a la otra punta de la ciudad.

Cabizbajo, David se había dejado conducir por los policías cuya curiosidad sobre lo que había sido del pobre marido de la señora nunca se vería satisfecha.

Y ahora, allí sentado, pese a no tener motivos reales para ello, el miedo irracional del que no lleva las cuentas de las tonterías que hace en la vida se apoderó de su voz mientras explicaba lo que vio: un chico joven (al menos, eso parecía por estatura y complexión), vestido de gris, que se escondió en un portal en cuanto lo vio llegar con el coche.

En aquel momento, él redujo instintivamente la velocidad pero, al no ver más movimiento, continuó hacia el garaje de su casa. Antes de doblar la esquina, miró por el retrovisor y por eso podía asegurar, sin ningún género de duda, que el muchacho había reanudado la marcha a buen paso, casi como si estuviera desfilando, y que iba solo. ¿Estás seguro de eso, David? Completamente. ¿No

habías bebido? Casi nada. Eso, por extraño que pudiera parecer, era verdad. La falta de recursos económicos lo obliga a uno a llevar una vida mucho más sana.

Y el joven se largó por donde había venido prometiéndose a sí mismo enderezar su conducta, probablemente, hasta que su frágil memoria episódica dejara de recordarle aquel interrogatorio.

Tony se quedó pensativo. La declaración del testigo resultaba primordial: no se trataba de un secuestro por la fuerza. El chico se había marchado solo, por su propio pie y, además, se cuidó bien de que nadie lo viera. Casi habría preferido que le hubieran descrito un forcejeo entre el muchacho y un forzudo raptor que, al final, hubiera conseguido meterlo en un coche y salir disparado con su presa. Eso sería más fácil.

Lizardo apareció con gesto adusto, mirándolo por debajo de un par de cejas peludas como cepillos.

—La pulsera de nylon es de Marcos Lama. Su madre nos lo ha asegurado.

—Se le caería...

—Es posible —el humor de Salvador Lizardo no podía ir a peor. No se había encontrado con un caso complicado en toda su vida profesional (su ciudad era por lo común de las más tranquilas de la comarca) y se temía que se iba a poner a prueba su desconocida habilidad para las pesquisas—. Pero se trata de una pulsera de nudo corredizo, ¿ves? —se la lanzó a Tony que la estudió con avidez—. No se la quitaba nunca y, como puedes comprobar, hace falta empeñarse para arrastrar el nudo y hacerla lo bastante grande para que quepa por la muñeca.

—¿Conclusión?

—El chico se la quitó a propósito para darnos una pista sobre sus pasos. La pulsera ha sido encontrada justo al borde del descampado que hay detrás de su calle.

Los ojos claros del agente Tony Nieves brillaron de emoción. Era obvio que lo que estaba ocurriendo se escapaba con creces de lo habitual. No es que le deseara ningún mal al muchacho, eso por

descontado, pero en su fuero interno se regocijaba de tener algo diferente que hacer. Solo llevaba un año desde que aprobara la difícil oposición al cuerpo de policía y ya estaba harto de dar caza a los traficantes de copias piratas de DVD y a los ladronzuelos de móviles caros. Intentó cambiar el semblante, no quería que Lizardo se diera cuenta de su frivolidad.

—¡Nos vamos al bosque! ¡Reúne un equipo! —gritó su jefe. Estaba claro que el viejo tenía cosas mucho más importantes en mente que analizar los sentimientos de Tony que, obediente y saltarín, se fue tras sus pasos.

### Viernes por la tarde

Esa misma tarde, Lizardo, Nieves y tres oficiales más se internaron en el bosque.

No es que existieran pruebas definitivas de que Marcos, después de abandonar la calle propiamente dicha, se hubiera internado en aquel inhóspito jardín urbano pero el hecho de que la pulsera del chico hubiera sido hallada justo a la entrada del mismo fue suficiente para promover el registro de la zona. Además, los bosques ejercen siempre una innegable atracción hacia la sospecha, como si las cosas malas ocurrieran más fácilmente entre la maleza exuberante y salvaje.

Al llegar al claro, Lizardo alzó la mano para frenar al resto de los hombres que pisaban con cuidado rezando para que sus botas no se toparan con algo blando pero resistente, de la inequívoca consistencia de la carne. Nadie deseaba ser el primero en toparse con un cadáver en solo Dios sabía qué estado... Aunque supuestamente deberían estar preparados para ello, no dejaban de temer el impacto que tal descubrimiento pudiera tener en sus vidas; el instinto de supervivencia de la psiquis es aún más feroz que el del propio cuerpo.

En el claro no había nada, solo tierra y hojas caídas y quizás algún arbusto aislado que había encontrado fuerzas para brotar en el círculo desarbolado.

Nada parecía fuera de su sitio. Las posibles huellas que Marcos o cualquier otro pudieran haber dejado eran barridas bajo sus pies por una brisa pertinaz en hacer bailar a la hojarasca con la arena.

Avanzaron lentamente buscando algo que pudiera delatar la presencia reciente de alguna persona. Nada, ni un vil envoltorio de caramelo sobre el que abalanzarse. Aquel lugar estaba intacto.

Lizardo giraba sobre sus talones, escudriñando cada rincón. A lo mejor, el chico ni siquiera se había metido en el bosque. Meneó la cabeza: ¡Claro que se había metido en el bosque! Cualquier otro paradero habría sido descubierto por sus hombres, no era tan fácil para un chaval en pijama desaparecer como si nada. Solo aquella maraña de pelos vegetales podía ocultar lo que ninguno de los presentes tenía prisa por encontrar: el cuerpo sin vida de Marcos Lama.

—¡Nieves!

—¡Señor!

—¿Ves algo?

El joven policía estaba agachado removiendo los vegetales muertos y levantando un polvo terrible. Solo le faltaba chuperr-tear las ramitas para ver a qué sabían.

—Pues la verdad es que no hay nada que se salga de lo normal...

—¡No se hable más! Está anocheciendo, todo el mundo de vuelta.

Se oyó un tenue suspiro de alivio, lo cierto era que todos echaban de menos las adorables calles asfaltadas.

—¡Un momento! —los ojos de Lizardo se fijaron en algo al otro lado del claro; Nieves miró inmediatamente en esa dirección, entrecerrando los párpados.

En un santiamén, ambos hombres se hallaban con la nariz pegada al tronco de un enorme eucalipto que se alzaba imponente en medio de otros congéneres más jóvenes y pequeños.

La corteza blanquecina, parcheada en trozos grises, era diferente a la de todos los demás: una marca del tamaño de un folio, de

un extraño color azul eléctrico, brillaba en mitad de la dura piel de aquel árbol cuya vida había empezado antes que la de cualquiera de ellos.

El dibujo consistía en tres rayas paralelas y ligeramente curvas, orientadas en vertical, con dos puntos intercalados entre las mismas. Podía ser cualquier cosa, un símbolo de algo o quizás un dibujo aleatorio de cualquier persona aburrida. Nadie de los presentes lo identificaba con nada.

—¿Sabe alguien lo que quiere decir esto? —vociferó Lizardo. Silencio. El caso es que a él mismo el dibujo le resultaba vagamente familiar. Se acercó un poco más y volvió a alejarse para verlo en perspectiva, ¿la pintura brillaba?

Se planteó rascar un poco para coger una muestra pero lo pensó mejor, no tenían las herramientas adecuadas para conservarla correctamente y no quería que las manazas de algunos acabaran destrozando lo que podía tratarse de la única pista. Al día siguiente mandaría a alguien con unos buenos guantes y algo de sentido común.

Mientras se alejaban, Lizardo se giró por última vez para mirar el árbol y contuvo la respiración. O se estaba volviendo loco o esas extrañas rayas se estaban iluminando a medida que la noche se instalaba sobre sus cabezas.

Viernes por la noche, en casa de Lisa

—Álvaro..., te agradezco que hayas venido...

Un hombre bien parecido, de unos cuarenta y cinco años, pelo cano y sonrisa bonachona, hizo un pequeño gesto para entrar. Nunca había estado en casa de Lisa y no sabía hasta qué punto ella le permitiría acceder a su territorio.

Aunque llevaban ocho años compartiendo gabinete, sus conversaciones jamás traspasaban la barrera de lo meramente profesional. La mujer, con esa melancolía que siempre la acompañaba,

le producía un enorme respeto y ahora no podía evitar alegrarse de tener una excusa para acercarse a ella.

Tosió discretamente procurando condesar en su rostro toda la preocupación que la situación requería.

—He anulado las citas de mañana por la mañana también. No podemos trabajar hasta que no resolvamos tu situación.

La mujer lo miró agradecida, «resolvamos» era plural y ella, ante todo, necesitaba sentir que no estaba sola. Lo invitó a pasar y le hizo sentar en un sofá Chester color marrón muy parecido al que los dos tenían en sus respectivos despachos, donde atendían y trataban a sus pacientes. Álvaro ahuyentó la sensación de estar a la merced de un desconocido a punto de ponerse a chapotear en el mar de sus más íntimos pensamientos. Psiquiatra de vocación, era antipsiquiatra por convicción: antes muerto que dejarse descuartizar la mente por una persona como él.

—¿Estás bien?

Ella lo miró fijamente. La frágil presa que contenía su angustia se desquebrajó en una milésima de segundo y, como si de un volcán en erupción se tratara, estalló en sollozos mientras intentaba reproducir cada detalle de lo sucedido desde que entrase a buscar a Marcos en su habitación.

En realidad, no se lo estaba contando a él, ni siquiera miraba al hombre que tenía delante; Lisa evitaba a toda costa leer en su cara la expresión que probablemente tendría. Llevaba demasiados años aprendiendo a descifrar los más ínfimos movimientos gestuales y corporales y no quería arriesgarse a que los ojos de Álvaro despidieran, en respuesta a su discurso, oleadas de pesimismo absoluto.

—Y ahora... —sorbió Lisa bebiendo pequeños tragos del vaso de agua que había puesto para Álvaro y que este le acercó sin atreverse aún a decir nada—. Ahora estoy totalmente perdida. Se me hace imposible quedarme aquí quieta, sin hacer nada, sin saber dónde está mi niño y qué le ha pasado. Llevo todo el día pegada al teléfono esperando una llamada de Marcos, mirando por la ventana, subiendo a su cuarto por si todo ha sido una horrible pesadilla

y él sigue dormido en su cama. Voy a estallar, Álvaro, tengo que hacer algo, tengo que buscar algo en lo que poder ayudar a la Policía. Han encontrado la pulsera de Marcos en la acera, y él nunca se la quitaba. Te juro que por más que pienso no se me ocurre qué es lo que ha podido pasar...

Consumidas ya las palabras, la mujer se abandonó al silencio tapándose la cara con las manos. Sus hombros puntiagudos se estremecían al compás de los silenciosos sollozos. Álvaro estudió el ritmo de los breves estremecimientos del cuerpo de la mujer y le pareció que, en vez de llorar, Lisa podría estar sufriendo perfectamente un repentino ataque de risa que se esforzaba por esconder. Aquella era una trágica e inconfesable ocurrencia.

Dudó si acercarse a ella, carecía de tablas para reaccionar si se veía rechazado y no tenía ni la más remota idea de qué decirle a una madre que atraviesa la peor pesadilla imaginable para ese sufriendo subgrupo de la sociedad. No contaba entre sus pacientes con nadie que padeciera (y era cruel decirlo de esa manera) un problema real, tangible, directamente o indirectamente provocado por un hecho objetivamente perturbador. En un segundo, se le ocurrió que es precisamente la falta de problemas auténticos lo que provoca la mayoría de los trastornos mentales.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Lisa de repente, todavía con el rostro oculto entre sus dedos.

—¡Claro!

Con la cara desencajada tras el largo llanto, Lisa se acomodó junto a Álvaro cuya columna vertebral permanecía tensa como la cuerda de un arco. Sin decir nada, ella apoyó la cabeza en su hombro y él, implorando al universo que la maniobra le saliera bien, deslizó lentamente el brazo por detrás.

Tres segundos más tarde, Lisa se quedó profundamente dormida.

Once horas antes, ochocientos kilómetros al noroeste de la casa de Lisa. Viernes por la mañana.

Roxana pasaba los productos por el lector de códigos como un robot. A veces, el envase se ponía revoltoso y había que alisar las juntas de los plásticos para que la máquina gritara al fin ese pitido corto y estridente que daba paso franco al otro lado de la frontera del supermercado. La mayor preocupación de Roxana era controlar los goznes de su mandíbula para que la boca no se le abriera desproporcionadamente revelando el aburrimento que el gerente, precisamente, quería evitar que sus empleados transmitiesen. La mujer se arrepintió, por tercera vez ese mismo día, de haber abandonado los estudios.

—¡Roxana! ¡Tiene una llamada! ¡Acuda a caja central, por favor!  
¿Una llamada? Miró la hora: las once de la mañana. ¿Quién podría ser? ¿Su madre, quizás? ¿Su hermana? ¿Su prima Luisa? Es curioso la cantidad de energía que invertimos para adelantarnos a un futuro inmediato e ineludible.

Se dirigió hacia allí arreglándose nerviosamente la coleta de caballo.

—¿Sí? ¿Quién es? ¡Cómo que no ha ido a clase! Anoche durmió en casa de su padre... Sí, ahora mismo lo llamo. Gracias por avisar. Adiós.

Poseída por la indignación, Roxana marcó con violencia el número de teléfono del irresponsable de su exmarido. Milagrosamente, estaba en casa.

—¿Y Juanito? —ni un saludo se merecía ese mentecato.

—En el instituto —él tampoco iba a gastar saliva con la protagonista absoluta de sus disgustos.

—Me ha llamado su tutor. No ha ido.

—Pues en casa no está...

—¿¿Quééé?? —eso sí que era raro. Roxana había imaginado que el padre del niño, simplemente, lo había convencido para quedarse en casa y echar juntos una interminable partida de *Age of*

*Empires*. Meditó tres segundos sobre si Paco podría estar mintiéndole. No era probable. No tenía nada que ganar y sí mucho que perder: Roxana siempre andaba a la búsqueda y captura de algún detalle para reducir a cero las horas que Juanito pasaba con él.

Todavía con el teléfono en la mano, la mujer fijó la vista en el stand de chicles que había junto a la caja registradora. Así que Juanito había faltado a clase por iniciativa propia... Pero ¿para qué? Y, sobre todo, ¿con quién? ¡Si no tenía amigos! Las pellas y las pandillas son dos factores que siempre van unidos.

—¿No le has visto marcharse?

—No. Ayer llegué tarde, me acosté y no le he oído levantarse.

—Mira en su habitación, ¿está su mochila? —Roxana comenzaba a ponerse nerviosa y no sabía por qué. Seguro que era una trastada de Juanito, bastante inesperada eso sí, pero qué trastada no lo es...

Pasaron cinco segundos.

—Su mochila está.

—¿Y sus deportivas? —por algún motivo, Roxana había tenido que preguntar esa tontería.

Diez segundos.

—Sus zapatillas también están... ¿Se ha ido descalzo?

Definitivamente asustada, Roxana se preparó para formular la última cuestión, de cuya respuesta dependía su siguiente movimiento.

—¿Se ha llevado su *tablet*?

—La *tablet* y el móvil están encima de la mesa de la cocina, los estoy viendo ahora mismo.

—Luego te llamo —Roxana colgó. Juanito no se dejaba jamás su tableta electrónica; niño retraído y tímido, había encontrado en aquel dispositivo su manera de conectar con el mundo. Además, y al recordar esto Roxana tuvo que agarrarse a la inestable columna de cestas para no perder el equilibrio, esa misma mañana Juanito iba a recibir un premio en el instituto por un trabajo de informática. Llevaba días hablando de lo mismo. Este hecho convertía su

inesperada escapada en un motivo más que suficiente para que Roxana dejara escapar un pequeño grito ahogado.

Las teclas del teléfono bailaban ante sus ojos como si quisieran desquiciarla. Se concentró en su dedo índice, ¡maldita sea!, ¿cuál era el maldito número de la Policía?

A la mañana siguiente. Sábado.

En cuanto Lisa abrió los ojos se dio cuenta de que habían pasado horas desde que cediese al impulso de sentarse junto a Álvaro y sentir el contacto de la piel de otra persona, aunque aquel hombre fuera casi desconocido para ella. Sí, era cierto que se veían casi a diario y que a menudo intercambiaban impresiones e incluso dudas en algún caso complicado, pero Lisa jamás había tenido curiosidad por conocerle un poco más, ni a él ni a ningún hombre que se colara en su campo visual. La muerte de Lucas había chamuscado esa parte de su corazón donde podía germinar y crecer el amor romántico.

La luz que entraba por la ventana poseía esa ligereza y pulcritud de las primeras horas de la mañana.

Se incorporó despacio y miró a su acompañante. Álvaro también había sucumbido al sueño y su cabeza, ligeramente inclinada hacia delante, se hacía eco de la pausada respiración de su dueño. Lisa lo tocó con suavidad.

Álvaro saltó asustado y la miró unos segundos sin comprender.

Poco a poco, sus mentes tiraron de los hilos del pasado hasta recomponer la realidad, realidad que golpeó a Lisa en el pecho volviéndola a dejar sin el aliento necesario para hablar.

El timbre de la puerta los hizo brincar de nuevo, esta vez, al unísono. Lisa corrió todo lo que pudo con la esperanza febril de que fuera Marcos el que estaba al otro lado, tardó un segundo en comprobar que no era así.

—Perdone que le moleste, señora Prieto, ¿podría hablar con usted? —se trataba del policía joven que había estado en su casa

el día anterior, no recordaba su nombre. Quizás le trajera noticias sobre su pequeño. Por favor, que lo primero que salga de su boca sea que han encontrado a Marcos sano y salvo. Lisa lo devoraba con los ojos.

—Pase —consiguió decir haciéndose a un lado.

Nieves se fijó enseguida en la presencia de Álvaro. ¿Quién era? ¿Su novio? Creía recordar que ella les había dicho que no tenía; de hecho, no había vuelto a estar con un hombre desde el fallecimiento de su esposo... La mujer estuvo muy clara en ese punto.

—Él es Álvaro Díaz, trabaja conmigo. Es el otro psiquiatra del gabinete —y, sin intención de decir nada más, Lisa se sentó de nuevo a su lado. Tony Nieves se percató de que ahora era su turno. Estaba demasiado nervioso, carraspeó ruidosamente enfadándose en silencio con su acelerado corazón.

—En primer lugar, quisiera decirle que hemos registrado el bosque que hay detrás de la urbanización y que no hemos encontrado nada que nos llamara la atención. En segundo lugar, y esto es más importante, es que hemos llegado a la conclusión de que Marcos no ha huido de casa.

—¿Cómo lo saben? —Lisa no dudaba de la veracidad de su afirmación pero era crucial saber por qué la Policía estaba tan segura.

—Por la pulsera que arrojó a la acera y que usted confirmó que era de él... y porque, bueno, hay un testigo.

Lisa abrió los ojos como si quisiera tragárselo.

—¿¿Un testigo?? ¿¿Quién?? ¿Qué es lo que les ha contado?

—No mucho, se lo aseguro... Únicamente que vio a alguien, solo, salir de su portal a altas horas de la madrugada y que caminaba con decisión. Su descripción coincide con la de Marcos.

—Entonces, no se lo llevaron... —murmuró Lisa. Eso era una buena noticia, en principio. Al menos, podía borrar de su mente la imagen de su hijo siendo arrastrado por un encapuchado en mitad de la noche.

Álvaro se removió en el sofá visiblemente incómodo. Era obvio que no pintaba nada en esa escena pero tampoco veía la forma de encajar, o de marcharse.

—¿Dónde está su jefe? —la natural suspicacia de Lisa empezó a funcionar.

—En la comisaría. Él..., ¡ejem!, bueno, a lo mejor no es muy partidario de hacerle a usted partícipe de cada paso de la investigación.

—¿¿Qué?? ¿Pretenden mantenerme al margen? ¡Estamos hablando de mi hijo!

—No se enfade, por favor, es el procedimiento habitual. Si usted se va enterando de lo mismo que nosotros puede ser peligroso para todos, a la vez que el culpable podría hacerse más consciente de lo que sabemos. Eso nunca conviene.

Lisa ladeó la cabeza: ¿el culpable? Pero si Marcos se había marchado por su propio pie... ¿Por qué aquel policía estaba tan convencido como ella de que había un tercero implicado en la desaparición de Marcos? Sabía algo más.

—¿Y por qué está usted aquí, solo?

El silencio se solidificó a su alrededor, era una pregunta demasiado directa que Tony no se esperaba.

—Señora Prieto, voy a serle totalmente sincero —los ojos celestes del joven giraron en torno suyo buscando algún lugar para sentarse. Lisa le señaló una butaca de mimbre grueso que Tony agradeció, cada vez más circunspecto—. Hace una hora, más o menos, nos han comunicado que otro muchacho, de la misma edad que Marcos, ha desaparecido, probablemente, durante la madrugada del viernes. Al mismo tiempo que su hijo, ¿comprende? Lejos de aquí.

Lisa tensó el cuello. Álvaro, a su lado, se permitió el lujo de tomarle de la mano. Los ojos del policía se posaron inmediatamente en los dedos entrelazados.

—El caso es que...

—El caso es que usted cree que ambos casos están relacionados y también sospecha lo que puede estar pasando... —apostilló Lisa deseando que fuera cierto lo que decía.

—¿Qué? ¡Oh, no! ¡Ojalá! Pero lo que sí es cierto, y le ruego que

esta conversación nunca salga de estas cuatro paredes, que tengo mis intuiciones.

—¡Por Dios! ¡Intuiciones! ¡Necesito que me diga algo más! ¡No vamos a encontrar a mi hijo gracias a sus intuiciones! —Lisa lo miró con furia. Está soñando si piensa que voy a dejar que se largue de aquí sin desembuchar hasta la más absurda de sus elucubraciones. Se sentía capaz de torturarlo.

—No tengo ninguna idea en concreto, se lo aseguro —Tony la miraba fijamente, su piel lisa brillaba, tersa y sin tensión. Se veía a leguas que estaba siendo totalmente sincero. Lisa recordó aquella serie policíaca en la que uno de los detectives se decantaba siempre por soluciones esotéricas a los casos más vulgares y se preguntó si tenía delante al portador de la imaginación más calenturienta de todo el cuerpo de la Policía Nacional. Aunque era posible, se decidió a darle toda la credibilidad de la que fuera capaz; ese joven ansioso por ayudar era lo único que tenía.

—Me ha dicho antes que un testigo vio marcharse a Marcos de madrugada pero no me ha dicho la hora exacta.

Tony respiró aliviado, a esa pregunta sí que podía responder.

—El testigo asegura que habían pasado unos minutos de las cuatro de la mañana. Y, por favor, tutéeme.

—También tú puedes tutearme —respondió Lisa mecánicamente. Las cuatro de la mañana... ¿De verdad la Policía tenía pensado ocultarle algo tan fundamental? ¿Qué clase de ley macabra existía en ese país para mantener al margen de las pesquisas a los padres víctimas de la desaparición de sus hijos?—. ¿Quién es el testigo?

—Eso no puedo decírtelo, pero no es importante, créeme. Escúchame ahora, Lisa, te ruego que te concentres antes de contestar: ¿viste, oíste o sentiste algo a esa hora, o quizás un poco antes?

—¿Sentir? ¿Cómo que sentir? Yo estaba dorm... —Lisa cerró la boca de golpe y giró con violencia sus globos oculares hacia un lado. Había algo, algo que recordaba, pero era como el recuerdo de un sueño, de esos que se desvanecen en cuanto uno abre los ojos por la mañana.

Se mordió el labio inferior y se esforzó para traerlo de vuelta a su conciencia... ¡Lo tenía! ¿Cómo era posible que no lo hubiera recordado hasta ese momento?

—Espera..., espera un segundo... —se dirigió a una mesita donde reposaba su teléfono móvil. Haciendo caso omiso de la expectación que había despertado, lo desbloqueó para buscar ansiosamente algo que solo ella sabía.

»¡¡Aquí está!! 3:53 de la mañana. No me puedo creer que no me acordara. A veces, tomo lorazepam para dormir y eso puede hacer que los despertares nocturnos no sean recordados fácilmente...

Tony alzó levemente las cejas. Le parecía increíble que una psiquiatra, del gremio de los únicos conocedores rotundos de los efectos secundarios de las drogas cerebrales, se olvidara de que ella también podía sufrir sus consecuencias. Lisa hablaba rápidamente.

—Recuerdo que me desperté pensando en uno de mis pacientes, supongo que estaría soñando con él. En ese momento vibró el móvil (puede que fuera eso precisamente lo que me despertó) y vi que una amiga me acababa de escribir un mensaje, no lo leí, siempre me manda cosas de madrugada. Todo ello duró unos segundos, me dormí inmediatamente después.

El policía asintió. Por eso sabe a qué hora exacta se despertó. El servicio de mensajería del telefonito verde era peor que un espía ruso de la Segunda Guerra Mundial. A Tony le resultó escalofriante pensar que podría, sin ningún problema, corroborar lo que Lisa acababa de decir. Le bastaría con pulsar dos teclas para comprobar que ella había estado en línea por última vez a las 3:53.

La mujer había palidecido bruscamente, parecía no saber cómo continuar.

—¿Lisa, hay algo más?

—No sé muy bien cómo explicarlo...

Álvaro, virtuosamente callado, sopesó la posibilidad de volver a cogerla de la mano, pero ella las tenía a buen recaudo entre sus rodillas.

—En mi cabeza... —continuó Lisa.

—¿Síiiiiii? —Tony se ponía frenético por momentos. Estaba poseído por un presentimiento salvaje de que toda aquella historia de las desapariciones tenía una explicación inimaginable, completamente increíble y que él, aunque se dejara el pellejo en ello, iba a averiguar. Puede que estuviera saltándose a la torera todas las estrictas normas de confidencialidad y que su credulidad casi infantil fuera el hazmerreír de cuantos lo conocían, pero ¿acaso no fue Galileo al que casi quemaron vivo por decir verdades como templos?

—En mi cabeza... mis pensamientos... —murmuró Lisa.

Álvaro y Tony se miraron fugazmente entre ellos, temerosos de que Lisa hubiera tocado el fangoso fondo de la enajenación mental.

—Justo antes de dormirme otra vez mis pensamientos se volvieron... azules.

El sonido del móvil de Tony los salvó de tener que buscar en su repertorio facial la expresión adecuada como reacción a la frase pronunciada por Lisa. Álvaro aprovechó para ir a rellenar de agua el vaso vacío que tenía delante, ya encontraría él mismo la cocina.

Con el teléfono en la oreja, Tony habló un par de minutos de espaldas a ellos, en voz muy baja, la vista clavada en las fotos de Marcos que salpicaban la pared. Lisa no consiguió sacar nada en claro de sus palabras susurradas con nerviosismo.

—La noticia ha saltado a la prensa —dijo el policía después de colgar mientras buscaba algo en la mesa de cristal que había delante de la televisión—. Era cuestión de tiempo —por fin, encontró lo que quería y, demasiado inquieto para pedir instrucciones a la dueña del mando, aporreó las teclas hasta que consiguió encender el pequeño televisor. Buscó el canal de las noticias.

Todos guardaron silencio sin despegar los ojos de la pantalla. No hubo que esperar mucho para escuchar la crónica de labios de una cara robotizada de mujer a la que le importaba bien poco la naturaleza de las noticias que soltaba diariamente a un público desconocido.

—... son los casos número diez y once de desapariciones en Europa en tan solo un mes. Los últimos protagonistas son dos adolescentes españoles de catorce años que no guardan ninguna relación aparente entre ellos... Podría tratarse de una coincidencia aunque las circunstancias que rodean cada caso son llamativamente similares...

—Bueno... —empezó Tony con tiento—. En realidad, es bueno que las comisarias trabajemos codo con codo en resolver los casos. Si damos por hecho que puede haber una relación entre ellos, pondremos en común todas las pistas que vayamos consiguiendo.

Lisa se triturraba los dedos, impotente. Por mucho que se exprimiera las neuronas, no podía ni tan siquiera hacer un esbozo de lo que podía unir a unos chicos que vivían a centenas de kilómetros entre sí. ¡Por Dios! ¡Si el primero en desaparecer había sido un muchacho alemán! O, al menos, eso aseguraba el reportero plantado delante de la casa de un tal Juan Gestoso, el muchacho que había desaparecido al mismo tiempo que Marcos.

—Me tengo que marchar —las palabras de Tony interrumpieron el curso de los pensamientos de Lisa. Esta lo miró como si la estuviera abandonando en medio de un desierto sin una gota de agua que llevarse a sus labios resecos—. Prometo mantenerte informada de todo, Lisa. De verdad.

—Todavía no me has dicho nada sobre lo que te he contado —dijo ella con un hilo de voz—. Lo de los pensamientos... azules..., ya sabes.

Tony se pasó la mano por la cara antes de responder. Lo que quería transmitir no era fácil.

—No sé a qué puede deberse eso, Lisa, pero sí que tengo clara una cosa: a veces ocurren cosas extrañas, hasta ahora insospechadas; pero no podemos cerrar la mente a ninguna posibilidad, ¿me comprendes?, debemos estar atentos.

—¿Estás hablando de sucesos paranormales? ¿O sobrenaturales?

En ese momento, Álvaro se vio en la obligación de intervenir. No estaba seguro pero quizás le tocara espantar a aquel policía

con cara de bebé que quería llenar la cabeza de Lisa con estupideces.

Tony seguía hablando.

—Solo digo que no podemos obcecarnos únicamente con lo que hemos experimentado a lo largo de nuestras vidas.

—¡Pamplinas, agente! —soltó Álvaro sin poder contenerse más—. Esos chicos estaban en contacto a través de las redes sociales y, solo Dios sabe con qué objeto, han decidido escaparse de sus casas. ¿Conoce usted los juegos de rol?

—Si es así, entonces lo averiguaremos. Tarde o temprano, lo averiguaremos —Tony le dirigió a Lisa una sonrisa alentadora y, ante el gesto cada vez más adusto de Álvaro, se acercó para susurrarle al oído—: Trata de recordar todo lo que puedas sobre el momento en el que Marcos se fue. Azul. Un pensamiento azul... —y, todavía moviendo los labios, el policía salió por la puerta bruscamente abierta por el psiquiatra que estaba a punto de perder los nervios.

—¡¡Valiente cretino!! ¡En serio, Lisa! Me parece que ese crío se ha empachado con una maratón de capítulos de *Expediente X*...

Pero Lisa no lo escuchaba. Sus ojos seguían clavados en la puerta por la que acababa de marcharse Tony Nieves.